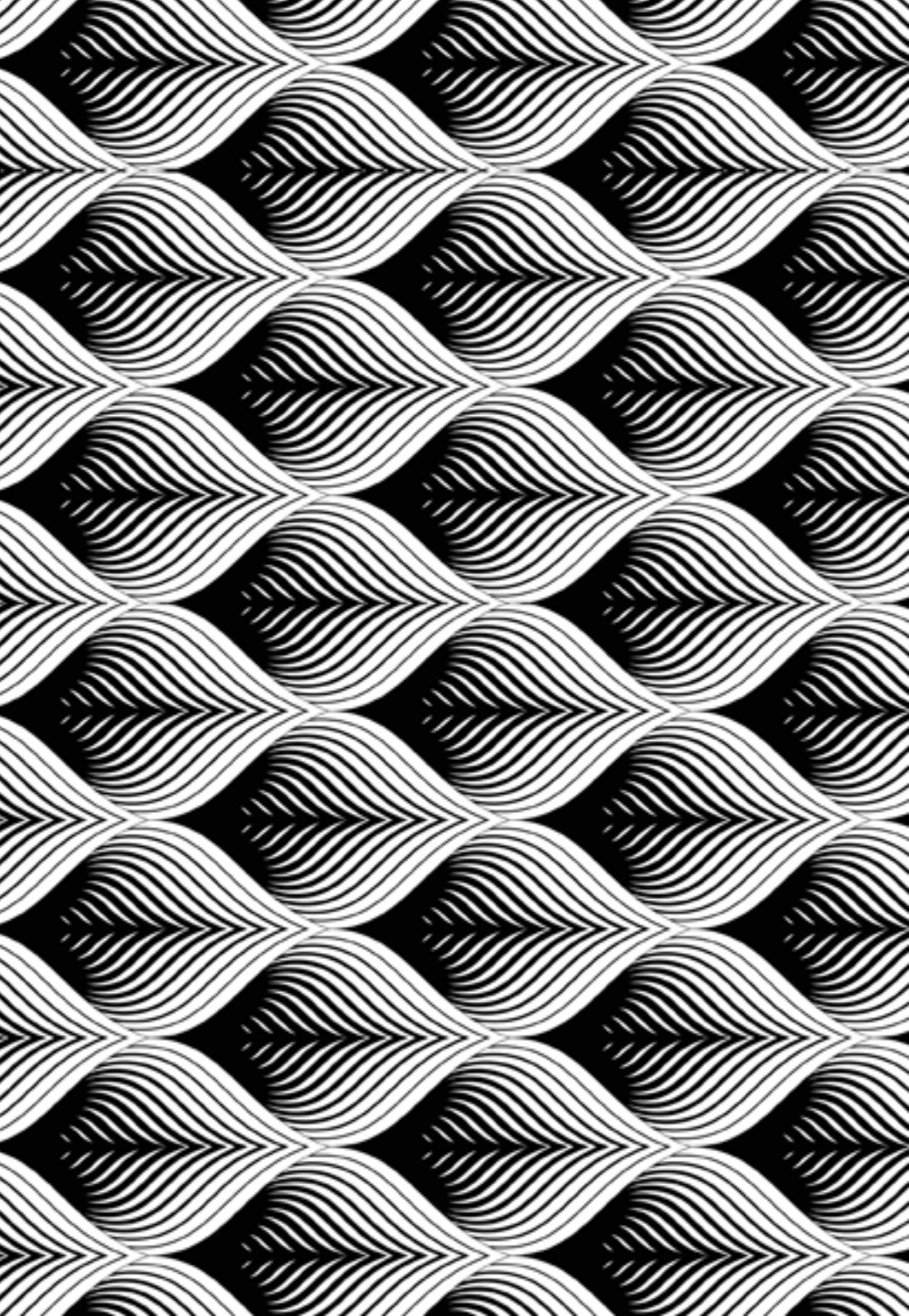


Para Diego





**CINTA
NEGRA**
Eduardo
Rabasa

Rabasa, Eduardo
Cinta negra / Eduardo Rabasa. - 1a ed
Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Ediciones Godot Argentina, 2018.
344 p. ; 23 x 15 cm.

ISBN 978-987-4086-49-5

1. Literatura Mexicana. 2. literatura latinoamericana
Contemporánea. I. Título. CDD M863

Cinta negra
Eduardo Rabasa

Corrección Hernán López Winne
Diseño de tapa e interiores Víctor Malumián

© **Ediciones Godot**
www.edicionesgodot.com.ar
info@edicionesgodot.com.ar
Buenos Aires, Argentina, 2018
[Facebook.com/EdicionesGodot](https://www.facebook.com/EdicionesGodot)
[Twitter.com/EdicionesGodot](https://twitter.com/EdicionesGodot)
[Instagram.com/EdicionesGodot](https://www.instagram.com/EdicionesGodot)

Impreso en Porter, Plaza 1202,
Avellaneda, Provincia de Buenos Aires,
República Argentina, en junio de 2018

PRIMERA PARTE

*We're the slaves of the phony leaders
Breathe the air we have blown you.*

THE WHO

CADA VEZ QUE LA megafonía de Soluciones emitía la tonada que anunciaba los mensajes de su director, el señor Sonrisa, los asociados entraban en un trance de anticipación. De manera coreográfica, procedían a anotar su interpretación del ulular mediante el cual se les comunicaban los principios que conformaban el credo de la empresa. Una mañana confundible con cualquier otra, Fernando Retencio salió del elevador durante la emisión de uno de aquellos mensajes:

—Uuuuuiaoooo biisphoorsee caattroolluuuu...

Conforme caminaba hacia la estación de trabajo que la pizarra electrónica colocada en el vestíbulo le había asignado para aquel día, gozaba para sus adentros al contemplar los esfuerzos fútiles de sus compañeros por descifrar las expectativas del señor Sonrisa:

—Mmaaoooeebbriiii iivuvuninooopeel...

Saludaba con la cabeza a los asociados con los que habría de compartir espacio durante la jornada laboral. Hacía tiempo que renunciaba al intento de aprenderse los nombres de cada uno. Tanto por razones prácticas como existenciales, era un gasto inútil de energía. Por una parte, la pizarra que computaba sin cesar la posición relativa en el escalafón de la empresa era tan implacable como caprichosa: Retencio no recordaba haber repetido

alguna vez de manera consecutiva ni sitio ni compañeros de estación en los más de cinco años que llevaba formando parte de Soluciones. Entablar un vínculo estrecho con quien mañana podría mirarte con recelo o altivez, según lo que arrojara la lotería laboral matutina, podía resultar decepcionante, como lo atestiguaba la progresiva normalización de los asociados: la frescura del talento que los llevara a ser elegidos como solucionadores daba paso a una opacidad fundamentada en la envidia generalizada. En el momento menos pensado, alguno de los Pérez intercambiables, ya fueran hombres o algunas de las pocas mujeres que trabajaban en Soluciones, era susceptible de buscar ventajas que los ayudaran a ascender de rango, disfrazando la maniobra de una charla casual. No por nada Retencio se sabía más astuto que todos ellos combinados:

—Jjjaaauurriiiii ceeuuueuuu aabrichtlii...

Plantado frente a la silla giratoria fabricada en serie, abarcó con la mirada el panorama correspondiente al nivel asignado por la pizarra, el del primer piso, lo cual le permitía suponer que se avecinaba un día de relativa calma. Aunque nunca podía saberse con certeza. Retencio había atestiguado la caída de solucionadores que creyeron haber descifrado el método patentado por el señor Sonrisa para procurar el mejoramiento continuo de la empresa. Aun si la experiencia le sugería que los clientes conducidos al primer piso suponían un rango menor que aquellos atendidos en el segundo, la incertidumbre constituía un pilar tan fundamental de los principios de Soluciones, que más valía estar atento de manera permanente.

Entre su lista de reglas absolutas, Fernando Retencio había aprendido que la solución más evidente jamás era la idónea, a pesar de que en casos específicos pudiera llegar a serlo. No para Soluciones. En ese caso, ¿para qué los contrataría el señor Sonrisa, si habrían de limitarse a realizar lo que cualquier otro podía ofrecer? Si acaso deseaban seguir formando parte de Soluciones, los asociados debían distinguirse, entre varias

características esenciales, por una creatividad tan única que los clientes la encontrarán adictiva: varios habían subestimado las necesidades de un cliente de rango menor, con lo que se veían repentinamente despedidos, finiquitando el trámite al recibir una copia de la carta de renuncia que firmaran al momento de ser contratados: desde el punto de vista jurídico, todo despido era en sentido estricto una partida voluntaria.

—Aaaaauuuulllllbbrrrrrieieieieieie...

Con aire satisfecho, Retencio permanecía impassible mientras sus compañeros aguzaban el semblante en busca de una mejor comprensión de los designios del director. Para la inmensa mayoría se trataba de un esfuerzo vano. Sus días como solucionadores llegarían a su fin más pronto que después. Solo unos pocos, los elegidos a cuya estirpe Retencio no tenía ninguna duda de pertenecer, continuarían avanzando hacia la eliminación de aquellos residuos falibles tan inherentes a la especie. Incluso al interior de esos pocos, había ciertos niveles reservados para aquellos con la capacidad de trascender las barreras que limitaban el destino del resto:

—Jjssttpshuushuuuu jjssttpshuushuuuu...

Que los demás se apresuraran por anotar en balde aquello que fingían comprender. Fernando Retencio extrajo de su mochila la libreta donde llevaba un registro meticuloso de las máximas del señor Sonrisa. Tomó con delicadeza la pluma fuente alojada en el bolsillo de su camisa de cuadros multicolor y procedió a apuntar con esmero:

nuestra misión como solucionadores consiste en ayudar a los clientes a encontrar su propia narrativa

Reprimiendo las ganas de subirse a efectuar un baile de la victoria encima de la estación de trabajo prefabricada, tomó asiento para entregarse a la siguiente bifurcación del camino que había sido llamado a recorrer. Cada nueva solución lo

aproximaba otro tanto a la meta a la que había consagrado sus empeños. Cada segundo registrado por el reloj digital de números rojos dispuesto en las distintas paredes de la casona lo acercaba un milímetro más al cumplimiento de su más profundo anhelo: alcanzar el rango de cinta negra.

Como parte de su formación, Retencio procuraba mantener a raya las abstracciones sin ningún valor concreto. En alguno de los cursos había leído que toda mente contiene un enemigo interno, cuyo único propósito es sabotear el potencial de la existencia que lo aloja. Los expertos aún no conseguían ponerse de acuerdo sobre si su persistencia se debía a una inteligencia malévola, o simplemente a su instinto de supervivencia, pero en la práctica resultaba en extremo difícil de eliminar. Por ello la ciencia farmacéutica optaba por intentar silenciarlo. El demonio interior de Retencio mostraba una tenacidad particular, cuestión que lo obligaba a estar cobijado por una gama de pastillas proporcionadas por el Dr. Lao, médico del alma de Soluciones. Aun así, ante un mínimo descenso de la tranquilidad inducida, o alguna distracción por parte de Retencio, se abrían las compuertas que permitían la salida de ideas inútiles, recuerdos enterrados, gritos inaudibles y demás estrategias operadas por Retencio para impedirse a sí mismo llegar a ser el sí mismo que sabía debía ser. Particularmente por las noches, resultaba agotador.

Mientras aguardaba que su computadora portátil terminara de encenderse, entornó la mirada lo suficiente como para registrar un tumulto indeseable agolpándose. Por reflejo, palpó el frasco alojado en el bolsillo de su pantalón azul marino. Por si acaso, lo destapó sin mirarlo y vertió un par de pastillas sobre el cuenco que formaba con la otra mano. Como buen tipo duro, Retencio se preciaba de no requerir líquido alguno para tragárselas. Acentuó el movimiento de su garganta para asegurar que no se quedaran adheridas a medio camino. A los pocos minutos se presentarían los efectos: bendito Dr. Lao. Envalentonado por la

solidez del escudo, permitió la aparición de una de las incomodidades que se colaba de manera más recurrente:

¿qué es la cinta negra?

Retencio disponía de un arsenal de respuestas apegadas a los procedimientos detallados en los manuales para solucionadores, autoría del señor Sonrisa. Sin embargo, esa mañana se encontraba dispuesto a permitirse una pequeña escapada filosófica. Abrió de nuevo su libreta y zanjó la trampa con una frase contundente:

la cinta negra es ante todo un estado espiritual

¿Y si los cintas negras...? Basta. Había sido suficiente. Con un movimiento sorpresivo alzó la cabeza para sorprender a alguno de los Pérez adyacentes que pretendiera espiarlo. O no había sido tan veloz, o se encontraban absortos en las pantallas de sus respectivas computadoras, tecleando inanidades que jamás estarían a la altura de las soluciones ideadas por Retencio. Los contempló de reojo en busca de un patrón que los definiera. Pese a la manifiesta diversidad de los seis Pérez que compartían con él la estación de trabajo poliédrica, Retencio se vio bañado por una serie de reflejos caleidoscópicos idénticos entre sí, que destilaban cada uno a su manera ese brillo tan específico de lo plástico.

Antes de comenzar con las soluciones del día, recordó que había olvidado algo en su coche, y se levantó para ir al estacionamiento subterráneo. De camino al elevador, escuchó a sus espaldas el sonido de los pompones y las matracas que provocaban sudor frío hasta en el solucionador más seguro de sus capacidades. Se trataba de las chicas que conformaban el escuadrón habilitado para cada ocasión en la que Soluciones debía prescindir de alguno de sus asociados. El protocolo dictaba que Retencio retornara a su puesto de inmediato, para no desairar a las chicas en

caso de que estuvieran precisamente buscándolo a él. Sabía que no era el caso. Sin el apetito de presenciar la caída de alguno de los Pérez, aminoró el paso para permitirse escuchar las primeras estrofas de «La canción del despido feliz».

Al pulsar el botón del elevador, se divirtió recreando cómo las chicas ataviadas de porristas —con una minifalda blanca de pliegues que caía justo hasta el comienzo de la rodilla y un ajustado suéter con una S bordada en el pecho— rodeaban al Pérez elegido para brindarle una última experiencia inolvidable como miembro de Soluciones, bailando en sincronía conforme entonaban a coro:

Adioooós
Adioooós
Ya no le sirves a Solucioneees

Good bye
Good bye
Vete de aquí
No nos molestes yaaaa

Ciaooo
Ciaooo
Pero no pongas carita tristeee

Au revoooooiir
Au revoooooiir...

Al cerrarse la puerta del elevador, Retencio continuó tarareando la tonada en su cabeza. Se sorprendió ligeramente al encontrarse solo, sin la habitual presencia del único empleado propiamente dicho de Soluciones, pues el resto tenían rango de asociados: José Dromundo, el conserje ancestral. Se encontraría realizando algún recado para el señor Sonrisa. El dedo de

Retencio dio la orden para ser trasladado al estacionamiento. Seguramente en el trayecto hacia su coche recordaría aquello que se dirigía a buscar.

Al salir al estacionamiento quedó temporalmente cegado por el contraste entre la atmósfera de luz intrusiva, característica de las oficinas de Soluciones, y la penumbra casi total del entorno, complicada por el hecho de que los cajones asignados no fueran fijos, sino que estaban divididos por zonas que agrupaban cada día a solucionadores de puntuación similar. Una de las múltiples tareas de José Dromundo consistía en vigilar que cada coche estuviera en su lugar. Retencio no tenía conocimiento de que alguna vez tuviera que denunciar a nadie. El único cajón inamovible correspondía al señor Sonrisa, quien estacionaba los distintos modelos de su colección de autos clásicos en un rincón del fondo, al lado del elevador particular que, relataba la leyenda, conducía directamente hasta su oficina, situada estratégicamente en el tercer piso de la casona. Retencio aún no conocía en persona ni la oficina ni a su dueño: sería una de las primeras prerrogativas que esperaba obtener tan pronto alcanzara el grado de cinta negra.

Cuando sus ojos azules procesaron la oscuridad hasta un punto que le permitiera moverse, avanzó en dirección casi opuesta a la de su coche. Lo guiaba un destello amarillento, que traslucía a través de una cortina de tela percutida y una ventana con un marco de cuadros que exhibía un cristal roto, remendado por un pedazo de cartón: Retencio se disponía a averiguar si el holgazán de Dromundo seguía postrado en alguna de las dos habitaciones que componían su hogar. Se aproximó por el lado de la cocina, para corroborar que su mujer no estuviera en casa, y después avanzó con paso firme hacia la fachada de la estancia principal. Tanto la cama matrimonial como la litera se encontraban hechas, señal de que la familia Dromundo había comenzado sus obligaciones de la jornada. Con la palma abierta, Retencio comenzó a golpear el marco de la ventana con una fuerza que hacía retumbar la casa entera. Tras breves segundos de pausa,

emprendía los golpes con renovado vigor, como increpando a la ventana por la ausencia del inquilino, hasta que advirtió el abrirse hacia fuera de la puerta del baño: ahí se encontraba Dromundo, sentado en el escusado con los pantalones hasta los tobillos, dispuesto a atender el estridente llamado.

—Pinche Dromundo huevón, ¿qué haces aquí a estas horas? —saludó Retencio con un dejo de alivio—. Que trabajen los burros mientras tú te das la buena vida, ¿no, cabrón?

—Muy buenos días tenga el ingeniero maestro —reviró con buen ánimo el conserje—. ¿Cómo cree? Si ya sabe que aquí desde que sigue oscuro hay que ganarse el pan. Nomás bajé rápido a atender un asunto urgente. Déjeme termino y ahorita salgo a saludarlo.

—Siempre te sales con la tuya —añadió Retencio en tono regañón—. Aquí te espero, así que no te tardes. Lávate bien las manos o ya sabes...

—No se preocupe, que los virus se van con lo demás.

La puerta del baño volvió a cerrarse.

A través de la cortina sucia, Retencio escrutó la recámara donde dormía el matrimonio Dromundo, junto con sus dos hijos pequeños. Se conmovió al percatarse de su doble fortuna: a diferencia de la gente como él, los Dromundo vivían únicamente con lo necesario, evitando las angustias producidas por anhelos artificiales que jamás conocerían. Encima, la pareja contaba con la suerte de poder vivir en el mismo sitio donde trabajaban, ahorrándose los inconvenientes asociados con el tráfico de la metrópolis que habitaban. Y los niños aún eran muy pequeños para ir a la escuela, así que podían pasar el día entero con su madre, jugando a hacer la limpieza en la planta baja de la misma casona que en los pisos superiores alojaba a Soluciones. Dentro de poco estarían en edad escolar, y entonces la familia Dromundo tendría que decidir sobre su futuro, caviló Retencio, pero de momento gozaban de una situación envidiable.

—Ora sí, ¿cómo van esas soluciones tuyas? ¿Ya listo para quebrar ladrillos de un karatazo o cuánto le falta?

—Mira, no te hagas el chistoso porque hoy no estoy de... ¡Uf! ¡Qué asco! Ahora sí traes más llagas en la calva que ni Cristo en la cruz. ¿No le dan ganas de vomitar a tu señora?

—Ya sabe que aquí abajo la humedad está bien canija. Y pues tenemos que esperar a la quincena para comprarme mis pomadas. Pero como siempre le digo a mi mujer, el día que mis ampollas me dejen de salir es porque voy a estar guardado bien abajo, así que más vale que les tengamos cariño, ¿o cómo la ve usted?

—Estás bien güey, Dromundo. Ven, acompáñame.

—A las órdenes del ingeniero maestro.

Desde que Retencio ingresara a Soluciones, había establecido un vínculo inmediato con Dromundo, quien como digno factótum, era capaz de resolver al instante las problemáticas más diversas. También atendía solícito cualquier petición personal formulada por Retencio, que siempre le retribuía con una propina que consideraba generosa. Lo que más disfrutaba eran las charlas en las que Dromundo invariablemente contaba con una respuesta ingeniosa para cualquiera de sus insultos. Le quedaba la duda de si había encadenado sus dos grados académicos para dirigirse a él como muestra de respeto, o en un despliegue de ironía. En el fondo le daba lo mismo. Aunque jamás lo admitiría, Dromundo era lo más cercano a un amigo que tenía en Soluciones.

—¿En qué planta le tocó trabajar hoy?

—En la primera.

—Uy, no me diga que cayó de la gracia de la sonrisa.

—No digas pendejadas. —Retencio alzó la mano para descargarla sobre Dromundo, cambiando de opinión en el último instante, pues las ampollas de su cráneo parecían a punto de reventar. Retencio sintió un escalofrío al imaginar el derramamiento del líquido viscoso—. Mejor vamos primero al vestíbulo. Quiero revisar qué dice la pizarra.

—Como usted mande. Así de pasada saludamos a nuestras señoras, ¿no cree?

Permanecieron quietos frente a la puerta del elevador, Retencio aguardando a que Dromundo pulsara el botón para llamarlo, y éste acomodando con esmero el único mechón de su cabello, pegando la punta con saliva justo encima de la oreja del lado contrario, de modo que trazara un tenue arco a lo largo de la cabeza entera. Retencio se desesperaba contemplando las muecas que Dromundo le dirigía al reflejo que apenas proyectaba la puerta plateada del elevador, envuelta por la oscuridad del entorno. Como solía suceder, de pronto Dromundo adquirió un semblante de sorpresa ante su olvido y extendió la mano con lo que a Retencio le parecía una lentitud un tanto insolente.

—Después del ingeniero maestro —le dirigió en cuanto se abrieron las puertas.

—De verdad que soy un santo contigo.

Una vez en el vestíbulo, Retencio se dirigió hacia la aseada recepcionista, hipnotizado por el trajín de la pizarra que abarcaba parte de una de las paredes laterales. Ahí, al lado de su nombre, se encontraba el puntaje que hasta con tres decimales condensaba su desempeño como solucionador, según el sistema concebido por el señor Sonrisa. Los asociados de Soluciones intuían vagamente algunas de las categorías de medición, aunque ni remotamente podían controlarlas, pues lo específico del método residía en la imposibilidad de manipularlo: el camino hacia la cinta negra era todo menos lineal. Durante sus ensoñaciones, Retencio se veía a sí mismo conduciendo un vehículo todoterreno, blindado, polarizado, de doble tracción, avanzando por una pendiente rocosa, escarpada, evitando minas y cuerpos mendicantes regados por ahí. A lo lejos se apreciaba una fortaleza inexpugnable, colmada de todos los lujos posibles, poblada por gente que había sorteado las dificultades necesarias para conseguir el acceso: ahí se encontraba la cinta negra. Lo sinuoso de la carretera volvería en su momento más gloriosa la investidura...

Su puntaje permanecía igual. Era natural, pues ese día aún no había solucionado nada. Notó sin embargo que se encontraba un peldaño por encima, lo cual sólo podía significar que el Pérez despedido había gozado de un rango mayor al suyo. Experimentó una punzada de rabia. Habría preferido derrotarlo uno a uno, demostrar la superioridad en acción, revelarle a la pizarra la injusticia de su valoración relativa. No importa, se consoló Retencio: un gusano menos por aplastar. Al contemplar la magnitud de la pizarra, con su incansable cómputo de cifras que desaparecían a cada instante, incluso para volver a materializarse idénticas, cobró conciencia de su pequeñez: ¿quién podía cuestionar los designios del trayecto? Ante la mirada expectante de la recepcionista, pronunció en voz alta:

—La cinta negra nos elige por razones misteriosas.

—Buenos días, señor Retencio —respondió la chica con cierto azoro—. ¿Quiere que lo anuncie con su esposa? Me parece que se encuentra en una reunión.

—No hace falta. Tengo que irme. Me espera un día muy ocupado.

Permaneció inmóvil, mirando hacia ambos lados, descartando diferentes rincones de la planta baja, hasta encontrarla en una habitación esquinada, la puerta semicerrada, al parecer hablando con un hombre. Consciente de no mostrar ansiedad, Retencio creyó discernir la figura ágil de su mujer, Karla Alvarado, enredándose el cabello con un dedo mientras discutía algo importante con su característica formalidad juguetona. Retencio apenas alcanzaba a ver un fragmento del pantalón y los zapatos del interlocutor, un hombre interesante a todas luces. Con un salto se apartó del campo visual de su esposa cuando esta giró la cabeza en su dirección, pues no quería interrumpirla mientras trabajaba. Además, así podría ponerla a prueba: por la tarde constataría si la versión de su mujer concordaba con su vislumbre. Sin decir nada más, se dio la vuelta para volver a su estación de trabajo.

Esta vez, Dromundo se encontraba al mando del elevador. Ascendieron en silencio, y antes de salir Retencio le dirigió:

—Un día se te va a salir por esas llagas el poco cerebro que tienes.

—Aquí voy a andar para lo que se le ofrezca —le devolvió Dromundo con una pequeña reverencia.

Al llegar a su estación de trabajo, Retencio notó que faltaba uno de los Pérez. Mierda: se había perdido un despido en primera fila. Regresó en el tiempo hasta verse entonando al lado de las chicas «La canción del despido feliz». Abrazándolas, flexionaba las piernas rítmicamente, haciendo el paso del can-can mientras la víctima los observaba con la quijada temblorosa. De vuelta en su sitio, contempló a los demás Pérez con satisfacción secreta: de ninguna manera se perdería la ocasión de cantarle al siguiente en turno.

Encendió de nuevo su computadora portátil para revisar sus correos electrónicos. Un dispositivo le recordó que en unos minutos debía recibir a un nuevo cliente, el señor Luis Marmolejo. Retencio revisó el expediente para empaparse con los generales del asunto. En realidad lo hacía un tanto por ajustarse al procedimiento, otro tanto por costumbre: cada historia detrás de una cinta negra exhibía un cierto rasgo en apariencia poco ortodoxo que a la postre resultaba decisivo para el encumbramiento: el suyo sería una habilidad sobrenatural para permitir que las soluciones se manifestaran sin fricción alguna, por generación espontánea, como si fuera una de esas historias que los hombres primitivos se creían capaces de atrapar con una red mientras revoloteaban por el aire. Por ello prefería no dedicar demasiado tiempo previo al análisis del expediente: un vicio común a los solucionadores de poca monta consistía en aferrarse a una solución preconcebida, que ninguna circunstancia posterior era capaz de modificar. En eso —entre otras cosas— se diferenciaba él, Fernando Retencio: en el desarrollo de una creciente sintonía espiritual con las soluciones adecuadas, que gustosas se

dejaban seducir por su canto. En ocasiones, la comunión le proporcionaba un goce casi erótico...

Repasó por última vez el expediente a fin de impregnarse de ciertas palabras clave antes de dirigirse a la sala de juntas: Luis Marmolejo... tandas... microfinanciamiento... exprimir... bien común... estrangularlos... Retencio estaba listo. Bloqueó el acceso a su computadora para ahorrarle tentaciones innecesarias a los Pérez y se dirigió adonde ya lo esperaba con diligencia puntual su cliente.

Apoyándose en su técnica de las primeras impresiones, Retencio identificó los rasgos necesarios para permitir que la solución comenzara a ensamblarse: papada particularmente gelatinosa. Semblante afligido, parapetado tras un talante de autosuficiencia. Mordeduras en el vaso de poliestireno vaciado de café. Camisa blanca de vestir con las iniciales bordadas en el bolsillo. Calcetines de rombos púrpura, seguramente elegidos por la mujer, o por la madre, difícil decirlo. Antes de presentarse, Retencio ya había decidido utilizar la estrategia que había bautizado como «La culpa al cuadrado deviene virtud».

—Buenos días, señor Marmolejo, ¿cómo le va? ¿Bien? Me alegro. Sé que está muy ocupado. Yo también lo estoy. Usted busca una solución. Yo tengo esa solución. Para ahorrar tiempo, permítame que le exponga su problema. Si me equivoco, corríjame con toda confianza. Aunque le anticipo que no me voy a equivocar.

»Todo comenzó cuando aceptó participar en una tanda con los colegas de la empresa de auriculares donde trabajaba como agente de ventas. Ya sé, ya sé. A usted la tanda le parecía un mecanismo de ahorro sumamente estúpido, pero accedió por razones de camaradería, pertenencia al grupo y tonterías por el estilo. A la tercera quincena, un colega le pidió prestado para realizar su pago. A cambio le prometió que cuando fuera su turno de recibir el monto total se lo devolvería con una ganancia. Se corrió la voz y terminó por prestarle el dinero a más de la mitad

de los participantes. Cuando terminó la tanda, se dio cuenta de que había ganado casi el doble de su aportación. Acallaba la culpa repitiéndose que lo hacía por ayudar, que usted no era un avaro mezquino agiotista abusivo... Realizó averiguaciones hasta que encontró otra tanda a punto de comenzar. Sin darse cuenta, volvió a suceder prácticamente lo mismo.

»Adelantemos muchos años la película. Usted es el flamante socio mayoritario de un negocio de microcréditos, enfocado principalmente en personas de bajos recursos, de esas que no saben que una tasa del 5 % mensual, con interés compuesto, naturalmente, equivale a una tasa anualizada de casi el 80 %. Su negocio ha ido cumpliendo con los requisitos de las agencias de calificación más estrictas. Se encuentran a un solo paso de acceder a las grandes ligas del financiamiento. No se apene, señor Marmolejo, yo estoy aquí para ayudarlo, no para juzgarlo. Y créame que lo entiendo. ¿Quién despreciaría las líneas de crédito millonarias, otorgadas en condiciones blandas por los organismos financieros internacionales? Los paseos en yate con los presidentes de los fondos de inversión. Señor Marmolejo, los hombres no somos de palo, ¿a poco cree que yo le haría el feo a las bellezas contratadas para amenizar a la concurrencia? Déjeme que le comparta un principio básico de los que rigen a esta empresa: “Lo que pasa en Soluciones, se queda en Soluciones”. Vamos. No sea tímido. En el suelo no va a encontrar ninguna de las respuestas que está buscando.

»¿Dónde estábamos? Ah, sí. Las edecanes. El champán. Las portadas de revistas que lo colocan entre los hombres de negocios del momento. El club de golf. La suegra comemierda para la que usted ya no es el simple vendedor de auriculares sin futuro. ¿De quién dijo Luisito que se había hecho amigo en el colegio? Así es, ahora usted es uno de ellos, señor Marmolejo, uno de ellos.

»¿Hasta aquí vamos bien?

—Sí, pero... pero...

—Momento. No hemos terminado. Ya sé, ya sé. “Pero... pero...”. La vocecita. La puta vocecita que resiste las pastillas más potentes. No hay banquete que la calle. No hay cogida que la canse. No hay cuenta bancaria que la impresione. Incluso lo contrario. Cada vez más desinhibida. Más ruidosa. Más chillona. Más moralina. Más insobornable. Todo el día chingando. No le permite disfrutar nada. ¿O me equivoco, señor Marmolejo? Engañándolo con fantasías rosas sobre cómo en realidad usted no quería nada de esto. Eran tan felices cuando vendía auriculares de puerta en puerta. Un trabajo duro, pero honesto, sí señor. Sólo que ya no hay marcha atrás. Tanta gente depende de usted para su sustento. Y quitarle a la señora Marmolejo y a los niños —¡a los niños!— este tren de vida. Eso sí que no. Si fuera por usted, lo mandaría todo a la mierda. La felicidad se encuentra en otra parte, pero ellos, ¿qué culpa tienen? No, de ninguna manera. Así le cueste la paz interior por el resto de sus días, y hay veces que es tan insoportable que desearía que fueran pocos, se sacrificará por ellos, siempre por ellos...

»Ahora, que si hubiera alguna manera de que todo fuera compatible... ¿O acaso me equivoco?

En un estado bastante similar a la catatonía, el señor Marmolejo apenas conseguía negar de manera casi imperceptible con la cabeza. Fernando Retencio lo tenía justo donde quería. Saboreó un instante más la indefensión absoluta en la que se encontraba sumido su cliente, antes de asestar el arponazo definitivo, aquel que alejaría otro peldaño más a Retencio de los Pérez que aguardaban con envidia para leer en su rostro, cuando volviera a la estación de trabajo, si había ofrecido al cliente una solución que colmara las expectativas del señor Sonrisa.

—Como habrá visto, no soy alguien que utilice las palabras a la ligera. Así que ponga mucha atención porque solo se lo voy a decir una vez: Usted es un héroe.

—¿Perdón?

—Como lo oye, usted es un héroe contemporáneo. Quedan ya pocos como usted.

—¿En serio?

—No lo creo, lo sé. Dígame una cosa, señor Marmolejo: ¿los jodidos nacen o se hacen?

—Bueno, hay personas que enfrentan situa...

—Guárdese esas estupideces para la confesión de los domingos, que aquí nos encontramos entre hombres. Usted mismo ha superado circunstancias difíciles, ¿o no ha sido así? Sabe bien que los jodidos de toda raza, lengua y orientación sexual tienen en común que, haga uno lo que haga uno, nada más no quieren progresar.

Silencio del señor Marmolejo.

—Ahora bien, ¿cuál es la única manera de salvarlos? ¡La que usted practica todos los días! Aunque no lo sepa, lleva años ayudándolos por varias bandas. Les presta su dinerito para que no se mueran de hambre, faltaba más, pero los intereses cumplen con una función educativa. En primer lugar, les impide que derrochen el dinero en tonterías que ni necesitan. Y eso por no hablar de los vicios que todos los conocemos. Pero eso no es lo principal. A nivel de la sociedad, a los demás nos conviene que el dinero regrese siempre al bolsillo de la gente como usted, señor Marmolejo. ¡Así que quítese de la cabeza esas tonterías! Cada mañana, cuando se mire al espejo, hágalo convencido de que está contemplando a uno de los héroes incomprendidos de nuestro tiempo.

»Es más, como usted me simpatiza, le voy a hacer una pequeña demostración.

Levantó el teléfono y pidió a la recepcionista que Dromundo se presentara de inmediato en la sala de juntas de la primera planta, equipado con una raqueta para jugar al tenis. Durante la espera, Retencio constató complacido los efectos exteriores del monólogo que su cliente repasaba en silencio. La catatonía había dado paso a una expresión determinada, con unas

cejas presionadas hacia abajo que seguramente le decían algo sobre cómo no debía dejarse pisotear más por esas regiones débiles de sí mismo...

—¿Me mandó llamar el ingeniero maestro? —interrumpió Dromundo con el pulso agitado a causa del esfuerzo.

—Pásele, don José —le dio la bienvenida Retencio—. Necesito su ayuda para un experimento. Présteme por favor un segundo su raqueta y colóquese a gatas aquí a mis pies. El ejercicio es muy sencillo. Yo voy a arrojar dinero al piso, que usted es libre de tomar en cualquier momento, solo que cuando lo haga, en automático descargaré un raquetazo en su trasero. ¿Está de acuerdo en participar con entera libertad?

—Como dice mi tía Juana, la libertad de nosotros es la que queda después de que usen la libertad de ustedes —respondió Dromundo ya colocado en cuatro patas.

—¿Le entras o no, pinche Dromundo?

—Como siempre, estoy a las órdenes del ingeniero maestro.

Retencio comenzó a arrojar monedas de baja denominación, frente a las cuales Dromundo permanecía inmóvil. Con creciente irritación, presionado por las ondulaciones de la papada del señor Marmolejo, que reía discreto ante el fracaso del experimento, Retencio aumentaba los montos sin bajar por un instante la raqueta. Cuando casi agotaba los fondos disponibles, arrojó desesperado un pequeño fajo de billetes, que Dromundo tomó presuroso con la mano derecha. Retencio condensó la furia en un raquetazo de sonido hueco, que traspasó sin resistencia las nalgas de Dromundo, ante la mirada atónita de los dos miembros originales de la reunión: las cuerdas de la raqueta habían sido cuidadosamente cortadas, de modo que ante el menor contacto se habían doblegado con docilidad. Aprovechando el estupor, Dromundo se puso de pie, guardó el dinero en su bolsillo, tomó la raqueta desvencijada, y salió de la sala de juntas.

Ante la confusión imperante, Retencio se recompuso rápidamente:

—¿Ahora lo ve claro? ¿Es que acaso van a agradecerle su consideración? ¡Todo lo contrario! En los próximos días le enviaré un plan de acción detallado, pero le anticipo que el único remedio es infundirles terror psicológico. Ante el menor retraso, llamadas a deshoras, cartas amenazantes de los abogados, ¡embargarles la televisión el día del cumpleaños de sus hijos! No hay otra vía, recuérdelo, señor Marmolejo. ¿No dijo un banquero legendario que los niveles de estrés que conducen a los paros cardiacos habían producido más riqueza que todas las buenas intenciones juntas?

»Gracias por su tiempo, estaremos en contacto.

De regreso en su lugar, Retencio se elogiaba por haber reconducido tan difícil contratiempo. Ya ajustaría cuentas con Dromundo. De momento, saboreaba el pequeño escalafón que lo aproximaba otro tanto hacia la cinta negra.

Acosado por las miradas subrepticias de los Pérez, fijó su atención en el altavoz dispuesto en la pared más cercana. No necesitaba que emitiera sonido alguno: activó en su cabeza el inconfundible ulular del señor Sonrisa:

Apteiuuuuicccssh betiiillmmoo

Después volvió la atención a su libreta para traducir con parsimonia:

*los obstáculos forman parte tan integral de la
cinta negra como la cinta negra forma parte de los
obstáculos*

EL TRÁFICO QUE ENMARCABA el regreso cotidiano a su hogar era por lo general de una densidad paralizante, en particular cuando llovía con la violencia de aquella tarde. A diferencia de otras lluvias conformadas por una sucesión de gotas suaves que forman un mosaico silencioso, la urbe donde habitaba Retencio se caracterizaba por las lluvias furibundas, sin tiempo que perder, que lo mismo aparecían sin previo aviso que se marchaban de repente. Sus gruesas gotas caían con pesadez discontinua, como si desearan infligir daño, y el sistema de drenaje siempre al borde del colapso provocaba inundaciones que agravaban el lento tránsito: los coches y autobuses debían navegar con cautela por los ríos urbanos para no encallar en sus aguas podridas. Cada pocos segundos, las luces rojas del vehículo de enfrente refractaban en las gotas del parabrisas y sobre el rostro de Retencio, que frenaba y aceleraba en piloto automático.

Para acallar en su interior el estruendo de los cláxones, repasaba meticuloso los sucesos de la jornada, a fin de contrastar su propia valoración con la ofrecida por la pizarra, consultada ritualmente por Retencio cada día antes de marcharse de la oficina. Puto Dromundo. Había arruinado el despliegue de la solución justa. A manera de pequeña venganza, le ordenó que lavara su coche cuando en el exterior la lluvia ya había comenzado a

caer. Aunque si lo pensaba con detenimiento, la pizarra tampoco decidió castigarlo por el contratiempo: comprensiva frente a lo sucedido, le había respetado el lugar previo. Un empate: ni más cerca ni más lejos de la cinta negra. Aun así, se consolaba Retencio, sumaba una experiencia más en su repertorio. La versatilidad era crucial. También la capacidad de reaccionar sobre la marcha frente a los imprevistos. Bien mirado, había salido airoso de una difícil prueba, consiguiendo...

—Oye, ¿entonces quién dices que era el tipo con el que te vi reunida con la puerta casi cerrada? —le preguntó a Karla Alvarado, como si la imagen le recordara de pronto que venía acompañado en su automóvil. Atento a no girar la cabeza, intentaba indagar con los ojos a lo largo del contorno de la falda corta de mezclilla. Que los muslos firmes revelaran si mentía. Que atestiguaran lo...

—Ay, Fernando, no empieces otra vez que estoy agotada. Llevo hablándote de este proyecto desde hace meses —respondió Karla, ajustando por inercia su blusa escotada, como si deseara coartar la mirada lasciva de su esposo.

—¿Y no te parece contradictorio, o más bien insultante, que inaugure la exposición un actor famoso? En su peor día es más guapo que todos tus pinches pobres juntos y bien bañados.

—¿Sabes qué?, óyeme bien. Mis pinches pobres, como tú los llamas, no son nada feos. Tan solo tienen una belleza diferente. Si algún día te dignaras a conocerlos, verías que al menos entre ellos la saben apreciar. No sé por qué insistes cuando te lo he explicado tantas veces. Es lo mismo que con los chinitos. ¿Tú crees que se consideran feos porque tienen ojos de alcancía? Para la mente tan lista que tienes, no entiendo cómo puedes llegar a ser tan atrasado.

—Gorda, cálmate, o sea, les digo pinches pobres de cariño. Estoy seguro de que gracias a ti van a lucir increíbles el día de la inauguración. Esa urraca de la señora Fruncido no te merece. —Retencio decretó el fin de la discusión acariciando la

entrepiera de su mujer por debajo de la falda. Quizá podría interesarla lo suficiente para que tuvieran juntos un encuentro ahí mismo, cobijados por el tráfico... Hasta que Karla puso fin a sus planes, alejando de sí la mano con expresión de tedio.

Desde que Retencio ingresara a formar parte de Soluciones, Karla ya trabajaba en la planta baja de la casona, en el Taller de la Pobreza, fundado por la señora Estela Fruncido. Se trataba de una organización sin fines de lucro, animada principalmente por la determinación de su dueña de regresar a la sociedad algo de lo recibido, al igual que concebida como una manera de pasar el tiempo, ahora que en su edad madura sus hijos eran menos proclives a permitir la interferencia en sus vidas que marcara su educación.

A través del Taller de la Pobreza, la señora Fruncido combinaba sus dos grandes pasiones: la caridad y el arte. Gobernada por la máxima de hacer de la necesidad virtud, la organización ponía sus instalaciones al servicio de los más desfavorecidos, de modo que pudieran acudir a refugiarse durante algunas horas de la adversidad, mientras permitía que fluyera su creatividad.

La señora Fruncido era enemiga de los modelos asistencialistas, que perpetuaban la condición que pretendían aliviar, al volverse cómplices de lo que a su juicio constituía el peor obstáculo para dejar atrás la pobreza: la creencia de que quienes la padecen son antes víctimas que culpables. A lo largo de su trayectoria como participante de organizaciones caritativas, Estela Fruncido aprendió la lección de que el mayor favor que podía hacerseles era imponerles la exigencia que definía a los miembros prominentes de la sociedad. En lugar de culpar eternamente a la dificultad de sus orígenes, razonaba la dama, estaban condenados a la perfección si acaso deseaban progresar, pues menos que nadie debían permitirse las vacilaciones existenciales características de quienes pertenecían a otros estratos.

Por tanto, una de las reglas operativas del Taller de la Pobreza consistía en proveer a sus usuarios con las herramientas necesarias para crear hasta donde sus capacidades se los

permitieran, sin proporcionarles los materiales para realizarlo: la inventiva comenzaba desde ese punto, y quien verdaderamente quería crear se las ingeniaba como podía. En sus esporádicas visitas para supervisar la correcta marcha de la organización, la señora Fruncido se detenía a contemplar con orgullo la pieza que adornaba el vestíbulo de la casona: una escultura abstracto-expresionista, confeccionada por una chica que hacía tiempo no acudía a las instalaciones, pues al parecer había encontrado empleo como criada. A la directora se le humedecían los ojos cuando contemplaba el amasijo de latas de conserva, botellas plásticas de refresco, zapatos gastados, trozos de mecate y hasta electrodomésticos inservibles, vinculados por un potente pegamento hasta componer una masa amorfa: le parecía una metáfora del poder de la creatividad para transformar en oro los desechos. En una subasta de gala organizada por el Taller de la Pobreza, un enviado particular del señor Sonrisa había pagado una pequeña fortuna por la pieza que recibía en el vestíbulo compartido a los clientes o visitantes de algunas de las dos entidades que convivían armónicamente en la antigua casona.

Contrario a las visiones que al referirse al tema agachan la cabeza en señal de compunción, como si hubiera algo de lo cual avergonzarse, el Taller de la Pobreza funcionaba bajo el principio de exhibirla abiertamente, para mostrar que se trata de un fenómeno con su particular estética, plasmada en las obras que ahí se producían de manera cotidiana. Sin afán de negar las limitaciones que les imponía su condición, la señora Fruncido se proponía hacerles ver a los pobres que al mismo tiempo poseían un don, y que no debían de privar al mundo de compartirlo.

Adicionalmente, como atestiguaban ya decenas de obras vendidas en eventos glamurosos, si se despojaba a la pobreza de la carga culposa que la volvía indeseable como tema de conversación, la gente acudía a apreciar sus posibilidades artísticas, con lo que se cerraba el círculo virtuoso que la organización deseaba promover: mediante la venta de su obra, numerosos egresados recibían algo